





HOMBRES, NO DIOSES



MARÍA CUTIÑO

HOMBRES, NO DIOSES



Primera edición: febrero 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Cutiño

© Fotografía de portada: Roberto Cabrera

ISBN: 978-84-17784-28-7

ISBN digital: 978-84-17784-29-4

Depósito legal: M-4583-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi madre



Índice

Introducción.....	11
Parte 1. Los preparativos.....	13
Parte 2. Recuerdos.....	19
Parte 3. Cómo llegué a esa instalación.....	83
Parte 4. La llegada.....	89
Fotos inéditas	111
Agradecimientos	121



Introducción

Como todas las mañanas, tomaba mi café asomada a mi balcón, mientras aprovechaba para ver las noticias del día, era el 25 de noviembre de 2016, afuera el sol no iluminaba el lago, el día se levantaba nublado y gris, como una verdadera mañana de invierno, el otoño había dejado mis plantas peladas, desnudas, que avergonzadas doblaban su tallo, para impedir que las guardaran los ojos curiosos. Durante algunos minutos dejé que el café y su olor inundaran mi cuerpo y mi alma, cuando una noticia me hizo girar la cabeza buscando seguridad sobre lo que acababa de oír.

El periodista italiano anunciaba la desaparición física de Fidel Castro Ruz, presidente de la República de Cuba, después de 90 años dedicados a la Revolución cubana.

«La muerte de Fidel Castro cierra 60 años de historia, desde que desembarcó en Cuba con un grupo de rebeldes provenientes de México en 1956 para impulsar la guerrilla que derrocó a Fulgencio Batista en 1959 hasta hoy, fecha final de la existencia de una de las principales figuras del siglo XX».

La muerte de una persona conocida, que me recordaba mi tierra, era como la muerte de un familiar, sabía de su edad, de sus enfermedades y esperaba esta noticia desde hacía mucho tiempo, siempre lo había visto como un gran líder.

Esa mañana busqué en un cajón de la cómoda, donde estaban mis recuerdos y desempolvé mi bandera cubana, la amarré a media asta junto a mi bandera italiana, como homenaje a la desaparición

física de mi presidente, mientras un cúmulo de recuerdos buenos y malos comenzaron a aflorar en lo profundo de mis recuerdos, las noticias continuaban dando detalles de los cubanos que lo consideraban un dictador, y los que como yo, lo consideraban un líder con cosas buenas y errores cometidos, como todos los seres humanos, somos capaces de cometer, equivocarnos, opinar diversamente, tener un propio criterio, que es lo que nos hace hombres libres.

Mientras unos festejaban y otros lloraban su pérdida, decidí plasmar en un papel todos los acontecimientos que venían a mi mente, entre recuerdos de infancias, de los momentos que pasé en su compañía, dejando atrás las opiniones positivas y negativas de mis compatriotas, amigos y parientes, dando vida a este libro.

Parte 1. Los preparativos

La mañana comenzaba muy agitada, el sol ya entraba a raudales por las ventanas que daban a la parte de atrás de la casa, donde se descargaban camiones de papel, en la fábrica «La papelera», que teníamos detrás de la terraza, el agua sucia corría a raudales en una cascada espumosa y negra, para volver a entrar en la fábrica donde se lavaba y se pulían los cartones en su proceso de recuperación. No eran precisamente las Cataratas del Niágara, pero a mí me relajaba sentir el agua a borbotones, que dejaba rastros en su frenética caída.

Mis hijas y yo vivíamos en una pequeña casa frente a una de las avenidas más transitadas de la Ciudad de La Habana, la Avenida 51, donde infinidades de camiones recorrían la ruta para llevar mercancías a las fábricas de todo el país. Había obtenido esta casa destruida, por necesidad de una vivienda para mí y mis hijas de apenas cuatro y cinco años.

Había llegado el día de recibir a una visita especial, el comandante jefe Fidel Castro inauguraría el Círculo Infantil, después de dos agotadores años de trabajos en la construcción, donde me habían mandado a dirigir la terminación de la obra, esa mañana, el ansia me hacía parecer insoportable, o más insoportable que de costumbre, así que entre gritos de «apúrense», terminaba de preparar las meriendas y ponerlas en su lugar dentro de las mochilas para la escuela.

Habían pasado ya dos años desde que habíamos venido a vivir a esta casa destruida, ofrecida por el gobierno municipal a las

madres solteras. La casa de dos cuartos no tenía techo, así que me subí las mangas de la camisa, convirtiéndome en un constructor, con la ayuda de amantes, novios, amigos, y parientes, me dispuse a terminarla para darle a mis pequeñas un techo donde vivir.

Los panes para el desayuno habían cogido la forma de sábanas dobladas, porque no tuve tiempo ni siquiera tostarlos, y los jugos dentro de botellitas de agua, dejaban un reflejo sobre la meseta de la cocina, donde comenzaba a entreverse un amanecer, mientras mis hijas me veían preocupada por una situación que a sus pequeñas edades era imposible de entender, quizás pensaban que había perdido la razón, las mañanas de escuela se repetían las mismas acciones, hoy las acciones estaban como locas, y nada tenía un orden, solo el reloj que avanzaba incesantemente sobre el refrigerador en forma de corazón.

Tenían cuatro y cinco años en esa época, después del abandono de su padre, que escapó con su amante, sin mirar atrás, las cosas eran diferentes. Mudarnos a una casa destruida, donde el cemento de la reparación, los ladrillos y pintura inundaban todos los espacios, donde los techos apuntalados con tablas evitaban un derrumbe, donde la luz del sol, nos ayudaba a sentirnos vivas.

Ya en la escuela después de un beso y un «pórtense bien, las viene a buscar la tía», me dispuse a caminar casi corriendo el kilómetro que me quedaba para llegar al trabajo, mientras mis hijas me miraban preocupadas. Sí era muy usual que vinieran las tías, ya que mi centro abría a las seis de la mañana y cerraba a las siete de la noche y las escuelas cerraban a las cinco. Por suerte mi familia caminaba junto a mí, mis tres hermanas y mi tía abuela nunca me habían abandonado, gracias a su ayuda ellas habían heredado mis problemas y logros como suyos.

En Cuba durante esa época, muy pocos tenían máquina, era un sueño para muchos inalcanzable, así que debíamos utilizar las guaguas, que inundaban la ciudad, con capacidad para 40 personas y donde viajaban más de 300, poniendo a veces en peligro el solo acercarse al grupo de personas, sobre todo hombres que se afe-

rraban a la puerta, dejando fuera todo el cuerpo. Solo los brazos o uno de ellos quedaba dentro de la guagua, llamado por todos camello, nombre que folclóricamente denominaba el transporte.

Eran dos guaguas articuladas, donde el espacio para 60 personas se convertía sin imaginártelo en 300, los hombres se colgaban de puertas y ventanas, haciendo parecer el vehículo una mapa de mango, recién parida, donde a veces no había ni espacio para que colgase ningún mango, la generosidad masculina, ayudaba a las mujeres a colgarse, aunque a veces creo que lo hacían para tocar toda tu parte delantera y trasera sin que pudieras quejarte o te dejaban caer debajo de unas ruedas infernales, mientras el chofer de lado, sentado en su silla, manejaba a 100 kilómetros la hora, llegando vivos a su destinos, como por milagro, o por la mano fuerte de aquellos que te aguantaban.

Yo prefería caminar o correr según el tiempo, antes que subirme al camello, no del desierto, sino el cubano, que cubría casi todas las rutas de la Ciudad de La Habana.

Al entrar al jardín vi asombrada, el movimiento cuando todavía no había amanecido, los hombres de la seguridad del estado controlaban los patios y los alrededores, mis trabajadores se movían con rapidez, cambiando flores y vasos de los jardines y repasando con nuestros niños, los pocos que habían llegado a esa hora, los cantos y danzas preparadas para esa ocasión. Parecían pequeñas abejas de un gran colmenar, donde yo era la abeja reina, pero sin el placer de los zánganos.

La mañana transcurrió entre gritos y visitas inesperadas, cada diez minutos, me veía obligada a quitar el candado que cerraba el enrejado de la puerta principal, soldados en ropa de civil, entraban y salían, creando las condiciones para evitar un atentado al presidente, algo muy conocido por nuestro pueblo, donde se decía que era un inmortal, por la cantidad de atentados que habían sido desmantelados antes de ejecutarse.

Según expertos había sufrido más de 600 intentos de atentado, francotiradores, cigarrillos envenenados, traje de buzo con hongos

fatales, helados envenenados, fusiles de larga distancia, bombas bajo suelo. Uno de los atentados más peculiares fue dirigido contra su barba, la ICONA de la Revolución. Durante el año 1975, Estados Unidos consideraba que gran parte de su magnetismo radicada en su barba, pensando que al perderla, dejaría ver a los cubanos que podía ser destruido y que no era inmortal, así que un químico planificó poner sal de talio en sus zapatos y cigarros, para que fueran absorbidos e inhalados, plan no realizado, pero que puso en doble alerta a los hombres de la seguridad, que deberían protegerlo. (Fuente: diario El País).

En el jardín me estaban llamando para abrir la cisterna del agua donde deberían controlar los guardias que rondaban como moscas dentro de la instalación. Los niños distraídos por el movimiento de los hombres en divisa verde, reían y pintaban tantas monerías como les era posible, mientras las maestras y auxiliares gritaban a la cordura y a la atención, pero todo no terminaba ahí, en la puerta visitantes inesperados me hicieron fruncir las cejas en señal de desaprobación, no era el momento de controlar metodologías de consultas técnicas, varias asesoras se dirigieron hasta donde estaba parada ansiosas y sonrientes, quizás habían leído mi pensamiento, y mi desaprobación.

—No preocuparte tesoro, venimos solo a darte una mano, no controlaremos nada —dijo la metodóloga de música sonriente.

El aire volvió a mis pulmones y una sonrisa regresó de golpe a la mi pequeña boca fruncida.

—Me alegro, tengo tanto trabajo que una mano no me vendría mal —dije sonriente

—Ok, dinos en qué podemos ayudarte —sonrió.

—¿Pueden controlarme las canciones y las danzas por favor?
—dije suplicando

—Claro, ni preocuparte, nos arreglamos nosotras, tú sigue con los guardias —dijeron maliciosamente mientras se alejaban riendo.

Verdaderamente con tanto ajeteo hasta ahora no había podido mirar los guardias que delante de mí, esperaban mi ayuda, tenían entre 35 y 40 años, trigueños y sonrientes, musculosos, nada mal para mi vista cansada, eran puros colirios visuales, con sus jeans de mezclillas y sus pulóver blancos, para no asustar a los niños con sus imponentes trajes de uniformes verde, sonreí con coquetería.

—Soy toda vuestra —dije riendo, quizás había encontrado mi guerrero verde, nunca me han gustado los príncipes azules.

Después de cambiarme ropa y zapatos, comencé los preparativos y ensayos, la visita estaba por llegar y casi todo estaba preparado, un día para mí memorable, pero lleno de esfuerzos y tensiones, mi Círculo Infantil «Fuentes de Sonrisas», tenía más de 200 niños, y 48 trabajadores, incluyendo médico y enfermera que se disponían a dar el recibimiento al comandante Fidel, por un momento respiré el perfume de mis violetas, sembradas en macetas delante de la fuente y mi memoria regresó al pasado, cuando tenía solo siete años y donde por primera vez oí el nombre de Fidel.